

29 de octubre de 2023 - 30° domingo "A"

[Ex 22,20-26; 1 Tes 1,5c-10; Mt 22,34-40](#)

Homilía

En la mayoría de las sociedades que aún no han sido demasiado influenciadas por la cultura occidental moderna, la solidaridad del clan o de la familia extensa es una dimensión sumamente importante de la estructura social. De hecho, esta solidaridad es esencial para su supervivencia. Las condiciones de vida pueden ser muy sencillas y frugales; puede que la gente no tenga todos nuestros lujos y artilugios, pero a nadie le falta lo esencial. Cuando una mujer queda viuda y los niños huérfanos, son atendidos por la familia extensa, a través de toda una red de relaciones. Del mismo modo, los forasteros tienen derecho divino a la hospitalidad.

Toda esta estructura social y red de relaciones se ve a menudo socavada por la imposición a estos pueblos de una ciudad industrial de tipo moderno. El resultado es la miseria y los barrios de chabolas, con gente que se desplaza de una ciudad a otra en busca de menos pobreza.

Algo parecido ocurrió en Israel tras el asentamiento en la Tierra Prometida. Las personas que habían compartido todo entre sí durante su existencia nómada comenzaron a establecer pequeños imperios privados. Las dificultades económicas fueron el resultado de la transición de una economía nómada a una urbana, en la que los individuos débiles se vuelven más vulnerables. Extranjeros, viudas, huérfanos y muchos pobres morían de hambre sin que nadie acudiera en su ayuda.

Este fue el contexto en el que algunos de los grandes profetas predicaron y pidieron justicia social. También es el contexto en el que se originó el texto del Éxodo que hemos escuchado como 1ª lectura.

Algo parecido ocurrió varios siglos después, en tiempos de San Benito, cuando la estabilidad del Imperio Romano se vio quebrantada por la invasión y el asentamiento de numerosas tribus procedentes del norte y del este. En este nuevo contexto, San Benito pidió a sus monjes que acogieran a los extranjeros y a los pobres como Cristo. Y San Gregorio, en su Vida de San Benito, nos habla de varias ocasiones en las que Benito dio a los pobres todos los recursos del monasterio, hasta la última gota de aceite.

Todo esto nos da un contexto más amplio en el que entender el doble precepto del amor del Evangelio de hoy. Estamos llamados a amar a Dios y al prójimo con todo el corazón, el alma y la mente; es decir, con un amor que es a la vez tierno e inteligente, y que implica todo el ser del que ama y todos los aspectos de la vida de la persona amada.

Hoy, como en tiempos de los profetas, en tiempos de Jesús y en tiempos de San Benito, el mundo está experimentando cambios radicales y rápidos. Millones de personas son refugiados o han emigrado a tierras extranjeras; e incluso dentro de los países llamados desarrollados, los débiles y los pequeños son las víctimas que el propio desarrollo sacrifica en el altar del progreso. La miseria es a menudo mayor aquí que en las culturas y épocas llamadas primitivas. Y la actual pandemia de COVID amenaza con agravar mucho más estas situaciones.

Jesús no nos llama a un sentimiento vago y sentimental de simpatía por los desfavorecidos; nos llama a un amor inteligente que implique el corazón, el alma y la mente, y que tenga en cuenta todas las necesidades, tanto materiales como espirituales, de los más pequeños.

Sin embargo, la situación no es exactamente la misma que en tiempos de los profetas, Jesús y Benedicto. Por tanto, tenemos la responsabilidad de encontrar respuestas nuevas y creativas a las nuevas situaciones, tanto en nuestra vida personal como en nuestra existencia colectiva.

Busquemos en la Eucaristía -sacramento del amor- la fuente de un amor más profundo, más verdadero, concreto y real, tanto entre nosotros como, en comunidad, hacia los necesitados que acuden a nosotros y también hacia aquellos a los que podemos ser invitados a ir.

Armand Veilleux